

Falenas

JUAN LUIS NUTTE

Para Sheila Alcaraz, ella sabe por qué...

Las hormigas descuartizan mariposas que yacen alrededor de la muerta. Salen y penetran en reflujos constantes por el ombligo, nariz, oídos y boca. Laboriosas introducen briznas de hierba e insectos desmembrados; algunas moscas hacen vanos intentos por nutrirse del cadáver, las menos intrépidas se debaten en las mandíbulas de las hormigas.

Nadie la trastornó tanto como Renato, y lo peor del caso es que él ni siquiera sabía de ella. Así Macrina decidió llamar su atención: meneos de caderas y roces furtivos a la salida de clases fueron insuficientes. Renato continuó displicente a sus encantos, incluso la evitaba. Al iniciar los recados anónimos, dando pistas para que la tomara en cuenta, Renato reaccionó. Y logró que él indagara en otras mujeres, jamás en ella.

Así cuando Macrina lo sintió en carne propia, justo al centro del vientre, gorgoreo sutil, semejante a un revoloteo, entendió la sabiduría de la frase “mariposas en el estómago”. Comenzó con eructos que provocaron náuseas, a veces quedaba en la garganta algo aterciopelado que tragaba para evitar el vómito.

El malestar se manifestaba en presencia de Renato, luego empeoró. Al recordarlo su vientre se inflamaba y gruñía hasta regurgitar insectos. Los deseos de Macrina eran turbulentos y ruidosos. Y le dolían a todas horas, era como guardar un nido de insectos en su cabeza. Le era imposible enfrentarse con cordura a esas

quemazones violentas que lastimaban su garganta y vientre, cual carbones incandescentes que le torturaban la tráquea cada vez que quería razonar su enamoramiento. Acababa exhausta y llorosa. En trances más dolorosos, falenas y orugas peludas y negras casi la ahogaron colmándola de asco y pena..

Abandonó estudios y rechazó amistades por temor a ser vista como fenómeno. Y cuando era inevitable salir procuraba llevar tapaboca y bolsas de papel para capturar sus bichos. En pocas semanas su departamento se transformó en santuario. En muebles, cortinas y en los arreglos florales sintéticos se apareaban, otras caían como hojas secas.

A la hora de los alimentos el recuerdo la tomaba de las entrañas; la nostalgia por Renato castigaba su estómago: vomitaba capullos podridos, a veces masticaba mariposas y las escupía iracunda.



Del Prado

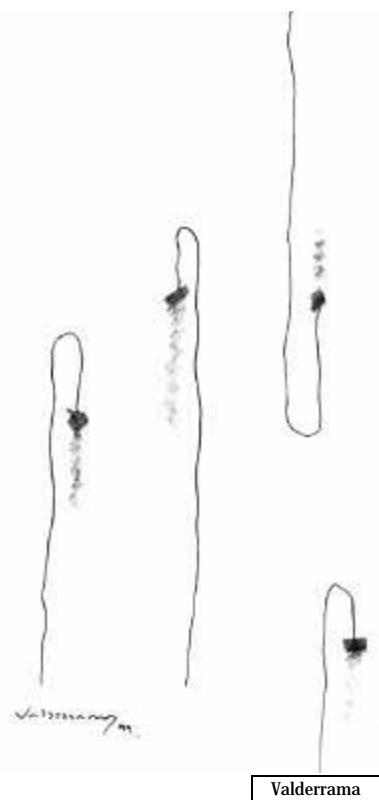
La salud le abandonó; la anemia la orilló a buscar a un galeno de la universidad, especialista en síndromes literarios. Éste le diagnosticó síndrome de Cortázar, aduciendo que era un padecimiento frecuente y pasajero y que en algunos casos sólo se manifestaba con pérdida del apetito, agruras, eructos y tos frecuente, todo esto acompañado del enamoramiento. Le recomendó dejar de lado su obsesión, así como reposo y bastantes lecturas del género realista. Para confortarla narró algunos casos extremos en que algunas mujeres apenas si eructaban y ya les salían serpientes o perlas, dependiendo del vocabulario y temperamento. Y para que tuviera un panorama amplio del trastorno, le obsequió una primorosa edición ilustrada del cuento “Carta a una señorita en París” de Julio Cortázar.

Pronto le llegó la resignación, incluso investigó el nombre científico, ya le agradaban los lepidópteros; les procuró una atmósfera natural, plantas de ornato, helechos, cactus, flores frescas dieron aspecto de vivero al departamento. Se emocionaba como una madre viéndolas salir de la crisálida. Incluso llegó a clasificar los capullos y mariposas más bellos para libertarlos en los parques. Descubrió que mientras más intensa la añoranza por Renato, las mariposas nacían grandes, coloridas y estando triste arrojaba polillas y desencantada escupía orugas deformes y cadáveres de falenas oscuras. Al controlar su pasión los insectos nacieron con menor frecuencia. Esto la decidió a retomar su vida. En un arranque de optimismo recolectó las últimas mariposas para donarlas a su médico que también era entomólogo, esto como homenaje a su moribundo enamoramiento.

Una mañana al salir a liberar las últimas mariposas en los parterres del parque, descubrió a Renato rumbo al quiosco del jardín. Las mariposas salieron abundantes. El espectáculo en pleno invierno fue maravilloso para los peatones. Sólo Renato fue insensible; las tumbó a manotazos para pisarlas con saña.

Armada de valor lo siguió, deseaba confesar su que- rencia para terminar con los bichos. En la baranda del quiosco una joven sonreía enamorada. Renato subió de tres zancadas los peldaños y dio prolongado beso a la muchacha... Retortijones y eructos vomitivos le sacaron mariposas corrompidas. Desilusión y despecho se manifestaron en su panza, un gruñido en el bajo vientre reptó a la tráquea una y otra vez transformándose en hormiguelo, recorriendo las vísceras, inflamando el abdomen para luego desembocar a la boca y nariz, ombligo y oídos. Verlos felices, encerrados en su burbuja melosa, dañó hasta la última fibra de su cuerpo, ya no eructó mariposas, ahora fueron cientos de hormigas húmedas de bilis recorriendo su torso, explorando el cuerpo de Macrina, algunas salían apresando mariposillas y capullos. Cuando la garganta no soportó más, simplemente cayó muerta. Sus manos crispadas aferraron el vientre hinchado, los músculos del cuello, tensos de dolor, contrajeron la boca en una mueca que jamás logró clamar ayuda.

Quedó tumbada tras unos arbustos. Nadie la descubrió sino hasta manifestar su corrupción. Ahora la gente está maravillada con el hormiguero.



Valderrama